

APUNTES SOBRE EL OBJETO EN LA TEORÍA DE J. LACAN

*Gabriela Ángela Zadra**

Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponérsele impunemente.

W.W. Jacobs

Está por verse si llegará en la vida a algo más que a la hipocresía o a la inhibición quien, no satisfecho con ello, pretenda ser “mejor” de lo que ha sido creado.

S. Freud

No es la cuestión oponerse al destino, dice el epígrafe, lo que nadie puede es hacerlo impunemente. La vía freudiana de enfrentar ese gobierno es la del análisis de los sueños. Ello implica la responsabilidad moral (1) de vértela con el deseo que allí se realiza. ¿De qué deseo se trata y, a partir de éste, de qué objeto hablamos cuando hablamos de ello en psicoanálisis?

La cita de Jacobs está extraída del cuento “*La pata de mono*”(2), allí, oponerse al destino impunemente es confundir el deseo con la satisfacción, creer que puede obtenerse ésta sin pagar ningún costo. En este cuento, como en todas las variantes de los cuentos de los “tres deseos” se trata de obtener el objeto que colmaría el deseo, cuando lo único que se puede satisfacer es la necesidad. La historia concluye –de un modo más siniestro que otras- en la imposibilidad de lograrlo; a la vez que queda interrogado el concepto mismo de deseo, -que va variando a lo largo de la historia-, a tal punto que cada deseo que supuestamente se satisface confronta al protagonista con la futilidad del mismo y con su propia estupidez, que ni él, ni nosotros al leerlo dejamos de reprocharle (3).

En el Proyecto y en el capítulo VII de La interpretación de los sueños, está formulado el concepto de deseo a partir del “inicial desvalimiento del ser humano”(4), que da lugar a la escisión entre necesidad (biológica) y deseo, producida como consecuencia de la huella de la primera vivencia de satisfacción. De allí en más, deseo y necesidad quedan establecidos como territorios separados, donde el cumplimiento del deseo no sólo no implica sino que francamente excluye toda premisa adaptativa. La necesidad retornará luego, en la teoría de Lacan, para permitir la articulación entre el deseo y la demanda.

La concepción del objeto como objeto perdido que Lacan formula en el seminario *Las relaciones de objeto* se articula tanto con este desarrollo freudiano como con el cap.V del último de los *Tres Ensayos para una Teoría Sexual* (5). El “hallazgo” del objeto presupone una pérdida primera, pérdida que sólo retroactivamente permite constituir su objeto.

No nos detendremos en el pasaje que entre los dos textos de Freud, implica la diferencia entre el objeto del deseo y el objeto de la pulsión. Importa aquí la pérdida como constitutiva del objeto.

“El objeto se alcanza por la vía de una búsqueda del objeto perdido. Por el solo hecho de esta repetición se instaura una discordancia. El sujeto está unido con el objeto perdido por una nostalgia. El nuevo objeto se busca a través de la búsqueda de una satisfacción pasada: es encontrado y atrapado en un lugar distinto a aquél donde se lo buscaba”(6). Lacan señala el elemento esencialmente conflictivo que marca la relación del sujeto con el objeto.

El grito de descarga motivado por la tensión inicial se transforma en comunicación cuando puede obtener una respuesta del otro que haga cesar la tensión. Para Lacan aquél que tiene el poder de responder es el Otro. O sea no cualquier otro sino el Gran Otro. Es la estructura del lenguaje, por lo tanto la del inconsciente, la que interviene: el Otro como sede de la palabra. Lo que en Freud es aquél que “sabe” cuál es la *acción específica*, en Lacan aparece ese saber como función del Otro, el lugar del código, del que tiene no sólo los significantes sino la legalidad misma que le permite responder (o no) a la demanda. Si la llamada es fundamental es porque lo reclamado puede ser rehusado. El don se manifiesta al llamar. La llamada se hace oír cuando el objeto no está (op.cit.).

La llamada es el primer momento de la puesta en marcha de la estructura del lenguaje. Aquí, pérdida del objeto se articula con la instauración del orden simbólico, de la palabra, del lenguaje, (ese orden, -a partir de las lecciones de Ferdinand de Saussure- supone la exclusión de los objetos, éstos no pertenecen -no podrían pertenecer- al campo del lenguaje, donde se trata de la relación entre imagen acústica y concepto, entre significado y significante; aunque el objeto del que habla el lingüista no es el objeto del psicoanálisis). Lacan, en los seminarios IV y V, nos habla de la relación entre este objeto como objeto perdido y la entrada en el orden simbólico, el del lenguaje: la falta de objeto nos hace hablar, cuanto más hablamos más se hace presente esa falta.

En el hallazgo como tal se trata de lo que debe ser reencontrado. El objeto en su naturaleza es un objeto reencontrado. Que haya sido perdido es su consecuencia -pero retroactivamente-. Y entonces, es rehallado sin que sepamos que ha sido perdido más que por estos nuevos hallazgos. Ése es el camino del principio del placer, que nos lleva de sustitución en sustitución, de significante en significante -la sustitución como una operación del sistema de la lengua- (7). Lacan afirma que la búsqueda que guía la acción humana lleva a volver a encontrar las cosas en los signos, ¿cómo la relación del hombre con el significante puede ponerlo en relación con un objeto que representa la Cosa? Pregunta que nos lleva a la problemática de la sublimación (8). La afirmación de que la palabra mata la cosa tiene como contrapartida la de que es ella misma la que la engendra.

Esta concepción del deseo como deseo del Otro (A), - el deseo marcado por el significante, en tanto estructurado a partir de la falta inherente al sistema significativo mismo -, abre a la perspectiva desarrollada por Lacan a partir del S X del deseo como deseo del Otro barrado (A).

El punto de partida de ese desarrollo es la formulación del deseo humano como deseo del otro. Éste no es el Otro que puede responder o no a la demanda sino que lo que la experiencia del transactivismo nos muestra es que la

relación –especular- es de tal índole que es ella la que señala al objeto como digno del deseo. Lo que el otro, el semejante tiene, lo que muestra como perteneciente a la imagen ideal – i(a) - es lo que se desea (9). Éste es un deseo que surge como efecto de la identificación imaginaria. La identificación imaginaria determina un objeto –imaginario- para el deseo. ¿Estamos aquí en el campo subjetivo? ¿No es posible ver en el mundo animal la lucha frente a frente por la presa?

En el Discurso de Roma, Lacan introduce el deseo del otro como deseo de reconocimiento. El objeto buscado es el reconocimiento del otro. Acá hay una idea diferente de objeto: ya no se desea la posesión de un objeto sino que el reconocimiento de la propia subjetividad puede ser un objeto para el deseo, el primer objeto es ser reconocido por el otro. Aquí estamos en otro plano de la subjetividad y del carácter simbólico del objeto. El reconocimiento no implica obtener, - que sea concedido- el objeto sino, en ocasiones incluso, todo lo contrario. En la denegación del objeto puede estar el reconocimiento más pleno de la propia subjetividad. La referencia necesaria es la regla de abstinencia en el interior de la experiencia analítica: “...este deseo mismo, para ser satisfecho en el hombre, exige ser reconocido, por la concordancia de la palabra o por la lucha de prestigio, en el símbolo o en lo imaginario”. Esta cita anuda el deseo de reconocimiento (en lo imaginario) con el reconocimiento del deseo (en lo simbólico). En la palabra es donde ese deseo se hace reconocer.

“Toda palabra llama a una respuesta,... no hay palabra sin respuesta, aunque esa respuesta sea el silencio, con tal de que tenga un oyente” (10).

La función del oyente, la tercera persona en el chiste es el Otro. Por este lado aparece la otra vertiente del deseo: el deseo del hombre es el deseo del Otro.

Lacan toma el modelo del chiste como punto de partida para su conceptualización del Complejo de Edipo, cuyo primer tiempo consiste en que el niño desea el deseo de la madre, -en el sentido subjetivo y objetivo-no sólo desea a la madre como afirma Freud, desea su deseo, ser el objeto que colme su deseo. La madre es el primer Otro. Acá tenemos, de entrada, al deseo como deseo del Otro. Hará falta el paso por la castración materna para llegar al deseo del Otro (barrado).

En el seminario sobre “La angustia” es donde ese paso es formulado: “...lo que mi deseo desea es capturar al Otro como deseante...”. Este Otro se connota (A) porque es el punto en el que se caracteriza como falta. Desde ese lugar el Otro instituirá aquello de lo que se trata a nivel de lo que desea. Ese objeto del que se trata es el objeto a.

Por lo tanto, si lo que el sujeto desea es el deseo del Otro, desea en tanto ocupa el lugar de objeto (a) del deseo del Otro, o sea que desea en tanto objeto, tal como es determinado en tanto objeto por el deseo del Otro.

“Es un objeto a el que desea”(11). El sujeto, siendo ese objeto, está irremediabilmente marcado de finitud. En cambio, cuando está determinado por el significante, está marcado de infinitud (la infinita remisión de un significante a otro en la cadena del discurso, tanto por la vía de las sustituciones como de las combinaciones).

En esta concepción tenemos un ámbito específicamente subjetivo, ya que si podemos ser “ese” objeto afectado por el deseo, es gracias a la existencia del inconsciente. En tanto somos sujetos del inconsciente estamos

marcados de finitud, nuestra falta puede ser deseo en el sentido de deseo finito (12).

De las primeras elecciones objetales, una vez separada la función de la alimentación, queda un resto que prepara para la futura elección objetual (op.cit.).

Ese resto que queda de la división del Otro, es el a, prueba de la alteridad del Otro. No hay sujeto del inconsciente posible si no nos constituímos como a, objeto perdido, caído, producto tanto de la emergencia del sujeto dividido –por efecto de su compromiso con el significante- como del Otro, -dividido en relación al ser mismo- (13).

En primer lugar, entonces, tenemos el deseo como deseo del otro, luego el reconocimiento del Otro como objeto de deseo, para arribar a la determinación del sujeto por el deseo del Otro (A) como lugar del código, sede de la palabra, del lenguaje y de la ley. Sin embargo, el deseo del Otro (A barrado), lo que el Otro desea –inconscientemente- en mí como objeto -a- es lo que nos dá la máxima determinación como sujetos.

Este objeto será a la vez la causa del deseo -no su objeto en el sentido del “objetivo” como aquello a lo que apunta, sino lo que motoriza el movimiento mismo del desear, y lo hace “apuntar” a los distintos objetos-, y valor que lo determina (14).

** Presentación en la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la USAL, en el marco de la Jornada: El objeto del psicoanálisis, 15 de septiembre de 2001.*

NOTAS

(1) Enfrentar al destino “punemente” es la tarea analítica. En *La responsabilidad moral por el contenido de los sueños* Freud habla de responsabilidad moral, separándola de la culpa presente en los sueños de angustia y de punición. Nuestra responsabilidad está en el lugar que le damos a éstos en cuanto dicen tanto de nuestro deseo inconsciente como de nuestro “ser moral”, o sea de nuestra posición subjetiva respecto del mismo. (Sigmund Freud, *Obras Completas*, Amorrortu Editores, XIX, p.133-36, Bs.As.1992). ¿Habrà que recordar aquí que el destino es uno de los nombres freudianos del super-yo?

(2) El relato es acerca de un hombre y una mujer que, en la casa en la que viven junto con su único hijo, reciben la visita de un amigo que les entrega un talismán, una pata de mono que tiene el poder de conceder los tres primeros deseos que enuncien los tres primeros hombres que la posean. A instancias de su mujer, el hombre pide que se les concedan las 200 libras que les faltan para cancelar la hipoteca de su casa. Golpean la puerta y un emisario de la fábrica donde trabaja su hijo le dice que éste sufrió un accidente fatal al quedar atrapado por una máquina (¿la máquina devoradora del deseo materno?), y que como indemnización les corresponde la suma de 200 libras. Como segundo deseo la mujer ruega a su esposo que pida el regreso del hijo, él accede. Cuando el hombre escucha extraños e inquietantes ruidos que se

acercan a la casa y antes de que su mujer tenga tiempo de abrir la puerta en busca del hijo y se encuentre con “aquello” que regresó, balbucea el tercer y último deseo. Los siniestros ecos cesan, y ya no hay nada afuera. W. W. Jacobs, *The Lady of the Barge* (1902), en J. L. Borges, A. Bioy Casares y S. Ocampo, *Antología de la literatura fantástica*, Sudamericana, Bogotá, 1994.

(3) Cómo pude ser tan idiota! Piensa (pensamos con) el protagonista a cada paso, a cada deseo que enuncia: ¿Cómo no se da cuenta de lo que dice? Doble origen de su torpeza: creer que su deseo es ese objeto que anhela: ¡las 200 libras! ¿Es ése un objeto de deseo? La pata de mono contesta que no. La presencia de un hijo, ¡ése sí que es un objeto de deseo! La pata de mono contesta que no. Finalmente, lo deseado es que falte lo que tiene que faltar, “el deseo es su falta”. Segundo origen de su torpeza: por estar atento al objeto deseado no atiende las palabras que enuncia, el talismán sí lo hace, responde con precisión a ellas, ése es el único vehículo del deseo: el discurso. Aunque sólo retroactivamente revela su eficacia. No hay forma de no caer preso de las propias palabras: ¡200 libras! ¿Cómo puede uno desperdiciar un deseo en semejante cosa?

(4) La cita completa es “el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos nuestros motivos morales” (Sigmund Freud, *Obras Completas*, AE, I, 362-3), con lo cual ya en el Proyecto la ausencia de complementariedad biológica entre sujeto y objeto, que da origen al movimiento del desear, da lugar, a su vez a los motivos morales –¿que podrían censurarlo?-. Produce sorpresa esta afirmación de Freud, asociar desvalimiento con moral: si hay perfecta coaptación entre instinto y objeto, no hay lugar para moral alguna. A su vez, desde su surgimiento mismo, el desear trae de por sí la cuestión ética.

(5) Freud, S., *Obras Completas*, AE, tomo VII-202.

(6) Lacan, J., *El Seminario, Libro IV: Las relaciones de objeto*, Paidós, Buenos Aires, 1999.

(7) Jakobson, R., *Los fundamentos del lenguaje*, Fundamentos, Bs.As. 1980.

(8) La cultura misma se construye en torno al vacío: recordar el simpático ejemplo del macarrón: un poco de masa en torno a un agujero. La sublimación es el mecanismo que permite elevar el objeto a la categoría de la Cosa. La cultura teje sus productos en torno al hueco que la Cosa deja. *El Seminario, Libro VII: La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs.As., 1988.

(8) El saber popular enuncia con un breve y poco académico dicho, aquel rasgo de desear aquello que veo en otro. Lo que deseo es deseable porque lo veo como deseable en el otro (en la imagen corporal del otro).

(9) Lacan, J., *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972.

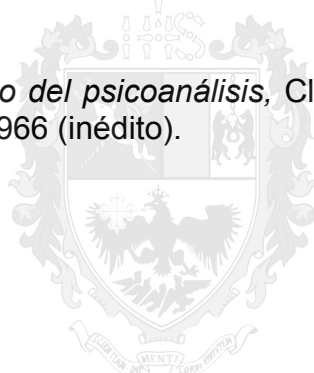
(10) Lacan, J., *Seminario X, La angustia*, Clase del 21 de noviembre de 1962 (inédito).

(11) Esto no implica ninguna idea peyorativa o de degradación subjetiva, en el sentido de ser objeto como opuesto a sujeto o de un sujeto que se objetaliza. La clásica oposición psicológica entre sujeto y objeto pierde (o finalmente encuentra) su sentido con esta concepción.

(12) Como el deseo que se realiza en el sueño es siempre sexual, infantil y reprimido, no sólo no envejece (el psicoanálisis nos brinda otra salida que la de la sociedad de los liftings para el anhelo de eterna juventud), sino que no muere. Este deseo inmortal es, por lo tanto, a la vez infinito y finito – fuertemente finito en tanto a.

(13) En el seminario IV citado Lacan trabaja el concepto de objeto transicional de D. W. Winnicott. Aquel objeto, esa nada que el niño crea en el proceso de separarse de su madre y que está destinado al olvido, es una bella alegoría de lo que será la concepción lacaniana del objeto a: “Lo único que tengo es lo que no tengo” (afirmación de una paciente de Winnicott, en *Realidad y juego*, Gedisa, Barcelona, 1999).

(14) *Seminario XIII, El objeto del psicoanálisis*, Clases del 15 de diciembre de 1965 y del 2 de febrero de 1966 (inédito).



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR